



Reflexiones sobre la violencia machista contra las mujeres en tiempo de crisis sanitaria y confinamiento

Este documento ha sido elaborado para Emakunde - Instituto Vasco de la Mujer por Norma Vázquez García

Emakumeen kontrako indarkeriaren biktimak artatzen dituzten profesionalentzako prestakuntza-programa

Programa de formación a profesionales que atienden a víctimas de violencia contra las mujeres

Online prestakuntza-ikastaroa - Curso de formación on line



Antes de imprimir este documento, piensa bien si es necesario hacerlo; el medio ambiente es responsabilidad de todas las personas.

REFLEXIONES SOBRE LA VIOLENCIA MACHISTA CONTRA LAS MUJERES EN TIEMPO DE CRISIS SANITARIA Y CONFINAMIENTO

Se ha escrito ya mucho, aunque nunca será suficiente, sobre el incremento de la violencia machista en la crisis sanitaria por COVID-19 que estamos viviendo y, particularmente, su incremento durante la situación del confinamiento. Me gustaría, en estas páginas, proponer algunas ideas al debate sobre las consecuencias que esta crisis va a tener sobre las mujeres y también compartir algunas propuestas iniciales para quienes las acompañamos en su camino de salida y/o reconocimiento de la violencia que viven.

Los datos que hasta ahora conocemos nos señalan dos tendencias importantes a tomar en cuenta: la disminución de las denuncias que abren el itinerario policial-judicial de salida de la violencia y el aumento de las peticiones de ayuda por vía telefónica y virtual; una ayuda de la que no sabemos con exactitud ni qué pide ni quién lo pide, aunque la información sobre las custodias parece que tuvo un incremento a destacar.

Desde que comenzó la alarma sanitaria por COVID-19 y se estableció el confinamiento como estrategia sanitaria empezamos a escuchar sin parar la recomendación “quédate en casa”, que fue variando de consejo a exigencia. La estrategia para controlar la pandemia se convirtió en una estrategia para imponer un control social que daba por hecho que la casa es (siempre) un lugar seguro para todas las personas que la habitan.

Esta estrategia, sin embargo, excluye a una buena parte de la sociedad: a quien no tiene unas condiciones mínimas para quedarse en casa (por ejemplo, las empleadas de hogar en régimen interno, las mujeres en situación de calle, las mujeres que viven en espacios reducidos o comparten habitaciones, etc.), además de no diseñar estrategias para aquellas mujeres y niñas para quienes su casa no solo no es un lugar seguro, sino que es el sitio donde viven la violencia cotidiana de su pareja, de su hijo, de su padre, de su hermano, y de otros hombres que abusan sexual, física y psicológicamente de ellas de manera habitual.

Así, de golpe, esta crisis sanitaria hacía desaparecer de la preocupación institucional inmediata la constatación de que la mayoría de las agresiones sexistas suceden dentro de las casas y en el entorno familiar. También invisibilizaba el hecho de que la violencia cuenta en ocasiones con la complicidad de la familia para que no emerja y quede relegada al ámbito del hogar, como puede ser en los casos de violencia sexual contra niñas y niños. Y de ahí que el mensaje resultara paradójico porque la casa se convirtió en un lugar seguro, pero para el agresor.

¿Por qué para el agresor? Desde las reflexiones feministas hemos señalado siempre que el control por parte de los agresores está en la base de las agresiones explícitas, sean físicas, sexuales o psicológicas. Control sobre las conductas de las mujeres e incluso sobre su vida. Un

hombre que controla a su pareja, hija, madre, amiga, etc., lo hace porque considera que es su deber, que está en su derecho e incluso que es su obligación porque él sabe mejor que ella lo que le conviene; y ya sabemos también que los controladores se manifiestan en distintos estilos, de forma paternalista o agresiva.

Durante el confinamiento ha aumentado tanto la posibilidad como la sensación de control por parte de los agresores y eso ha hecho que las expresiones de violencia puedan haber cambiado. No sabemos, y será fundamental averiguarlo, de qué manera y que tan sostenidos a lo largo del confinamiento han sido esos cambios. Puede ser que ese mayor control haya hecho innecesarias algunas conductas explícitamente violentas, por lo que algunas mujeres podrían estar “más tranquilas”; en otros casos, el confinamiento agudizaría alguna otra necesidad en él y no sería suficiente la sensación de control sobre ella para frenar su violencia.

Experiencias en uno y otro sentido hemos estado recogiendo desde las líneas de apoyo psicológico que como equipo hemos estado gestionando para algunos municipios. Y esas experiencias son las que me hacen afirmar que las expresiones de la violencia cambiaron durante el confinamiento. Seguramente también aumentaron, pero para el análisis de lo que sería la intervención en la reconstrucción me quiero detener en los cambios que ha experimentado la expresión del control y la violencia.

Durante el confinamiento el andamiaje institucional y social de apoyo al trabajo de cuidados se ha contraído y ha pasado a recaer en los hogares y, dentro de estos, son las mujeres las que siguen asumiendo ese trabajo y aumentando horas de dedicación al cuidado de las personas convivientes: niños, niñas, adolescentes, personas dependientes. Algunas tenían que sumar a esa mayor dedicación el tiempo de teletrabajo y/o el cuidado de familiares que permanecían en confinamiento en otras viviendas. Todo ello conteniendo la frustración, agobio, desesperación y toda la gama de expresiones emocionales que ha traído consigo esta situación de limitación en la movilidad física, pero también el miedo al contagio, la muerte de personas queridas, la incertidumbre, los rumores, etc.

Buena parte del confinamiento las mujeres han estado conteniendo a otras personas y autoconteniéndose.

Las mujeres han estado cargando con el peso de los cuidados, de las tareas domésticas y también con la resistencia ante el control y la violencia; a todo ello se suman otras resistencias que dependen del colectivo al que pertenezcan y de la situación en la que se encuentren. No se trata de una suma aritmética sino exponencial y muy poco tiene esa realidad con quienes, desde posiciones más cómodas y privilegiadas, nos llaman a entender el confinamiento como una prueba de superación y aprendizaje.

La mayoría de las mujeres, estuvieran o no en situaciones de violencia antes del confinamiento, seguramente han aumentado sus malestares de género y me parece que el reconocimiento de

ese aumento necesitará de políticas y dispositivos de apoyo para que puedan realmente superar o paliar los efectos de la pandemia.

En los últimos años hemos trabajado mucho por el reconocimiento de la violencia machista contra las mujeres como un hecho estructural, es decir, como un conjunto de mecanismos que sostienen la desigualdad de género y cuya expresión más brutal es la violencia. Y aunque desde el feminismo se ha insistido hasta el cansancio en señalar que sus expresiones van más allá de la violencia física y más allá de sus expresiones en el ámbito de la pareja, lo cierto es que en el imaginario colectivo se ha identificado “violencia” con una mujer golpeada por su marido. Y ante la fuerza de ese imaginario no es suficiente el peso de las cifras.

Nuestra sociedad está aceptando ya como inadmisibles las expresiones más brutales de la violencia y rechazando al agresor que mata, golpea o viola con saña. Le cuesta más encajar y colocar en esa violencia estructural al agresor que “parecía un chico normal, majo” y por ello se recurre muchas veces al espectro del “enfermo” aunque no se sepa muy bien la enfermedad que padece, o del que “perdió la cabeza” y, en ese supuesto siempre hay una mujer que se la hace perder. El esfuerzo por no reconocer la violencia estructural pasa por poner toda la carga de la violencia en las mujeres y también toda la responsabilidad para salir de ella.

Desde ese esfuerzo social por no responsabilizarnos colectivamente del problema de la violencia es desde donde se lanzan los mensajes para que ella denuncie, para que ella recorra sola itinerarios de salida complejos y que no siempre van en línea recta, que enfrente procedimientos, mecanismos y, a veces, profesionales que la culpabilizan directa o indirectamente. Todo eso, ella sola o con apoyos puntuales. Y si no sigue ese itinerario, peor para ella porque no tiene muchas más alternativas.

En la medida que se ha ido comprobando la insuficiencia de la estrategia de la denuncia como vía exclusiva e incluso prioritaria, se han ido desarrollando mecanismos para acompañar mejor a las mujeres víctimas-supervivientes, desde el reconocimiento y reparación del daño que han sufrido tanto de quienes directamente las agrede como desde quienes colectivamente hacen caso omiso del daño que sufren; también desde el impulso de sus procesos de empoderamiento para entenderse y entender sus mandatos de género que les dificultan salir de la violencia.

Hemos aprendido mucho en todos estos años y, sin embargo, me temo que a tenor de esta crisis sanitaria todo ese aprendizaje no sea capaz de sostenerse y no podamos ver los cambios que ha traído para las mujeres esta crisis.

Cambios que van a derivar de la estrategia que ellas hayan utilizado para poder sobrellevar el control y la violencia machista en tiempo de coronavirus; por las circunstancias del contexto y por lo que estamos escuchando de las mujeres, esa estrategia ha sido mayoritariamente la de la contención. Contener su malestar, contener su miedo, su incertidumbre; contener a sus hijas e hijos en sus quejas, en sus demandas; contener al agresor... todo ello sin más apoyo que una

línea telefónica y una vecindad que no se convierte de la noche a la mañana en una red de apoyo.

Las redes de cuidado barriales se han ocupado de cuestiones muy importantes como el abastecimiento, el cuidado de las personas con mayores grados de dependencia o la compañía virtual; pero pocas iniciativas se han tenido para acoger las consecuencias de esa contención que no tiene nombre ni canales de expresión. Quizá esa ha sido la tarea que, esperemos, se haya realizado desde las numerosas líneas de apoyo psicológico telefónico o virtual que se pusieron en marcha.

Esa contención también vino respaldada por el insistente mensaje no oficial, pero sí social de “quédate en casa y resiste”. Los espacios para negarse a resistir han sido marginales; pocos mensajes se han elaborado para reconocer la desesperación, no hubo ni hay espacios para el respiro ante tanta presión, no hubo reconocimiento social al esfuerzo que estaban y siguen haciendo estas mujeres con lo cual, no es impensable pensar que al término del confinamiento y del estado de alarma haya un efecto rebote, es decir, que salga todo el malestar lo que se ha contenido durante estas semanas.

Por eso me parece fundamental que sepamos cómo actuar en la época del post confinamiento, qué políticas impulsar para reconocer los cambios de expresión en la violencia machista, así como los malestares de las mujeres producto del confinamiento o agudizados por el confinamiento. No será suficiente, me temo, con el recuento de las denuncias que se puedan interponer una vez pasado el confinamiento y el estado de alarma; si nos quedamos en eso, habremos retrocedido todo lo ganado en torno a la reflexión y puesta en marcha de diversas salidas para atender las necesidades distintas de las mujeres que enfrentan la violencia.

Cuando me refiero a los malestares, nombro de esta manera a todas esas incomodidades, dolencias, padecimientos crónicos o puntuales que la mayoría de las veces se expresan en el cuerpo y que casi nunca se relacionan con los roles de género que cumplen las mujeres a rajatabla, así como con el exceso de cuidado de otras personas y el imperativo para cumplir con los mandatos emocionales asociados a la feminidad tradicional, e incluso a la subversiva que no en vano nos devanamos los sesos para entender nuestras contradicciones.

Esos malestares se van a ir expresando a lo largo del tiempo de distintas formas y a ritmos diferentes. Por ello será fundamental aprender a detectar el impacto que tendrán sobre las mujeres las estrategias de contención que han desarrollado durante el periodo de confinamiento, ya que se corre el riesgo de que se hagan invisibles. Asimismo, habrá que aprender a identificar otras formas de pedir ayuda que pueden pasar desapercibidas y que no siempre tomarán forma de denuncia, es posible que se manifiesten más en forma de consulta médica.

Las estrategias comunitarias son medidas de apoyo y sostén importantes para las mujeres víctimas de violencia. En el contexto de confinamiento ha sido mucho más fácil activar redes que

ya existían que crear redes nuevas. A este respecto cabe señalar el papel que están jugando las redes creadas previamente a través de procesos de empoderamiento desarrollados en el marco de los grupos de apoyo o encuentro surgidos al calor y acogida de las Casas de las Mujeres y Escuelas de Empoderamiento existentes en algunos municipios.

Es innegable, por otro lado, que el control vecinal aumentó durante el confinamiento, pero lo que no está tan claro es que este control pueda jugar cierto papel de contención en los casos de violencia. A este respecto es importante diferenciar entre las redes comunitarias que van a sostener a las mujeres de aquellas que ejercen control social dirigido a los agresores. El control social puede que esté cumpliendo una función de control de las conductas agresivas y, en este sentido, puede que inhiba algunas de las conductas más extremas de violencia. Pero esto no supone que siempre sean un apoyo para las víctimas si no se lo plantean abiertamente.

Las comunidades seguras para las mujeres y niñas son aquellas que reconocen la violencia como un problema estructural y no personal. Desde este reconocimiento se deben de activar redes de apoyo comunitario dirigidas a las víctimas de violencia, pero estas no tienen necesariamente porqué ser vecinales. Es importante poder contar con todas las vías posibles de apoyo para lo inmediato y urgente. En este sentido, se están activando vías virtuales de comunicación para dar respuesta a las necesidades de muchas mujeres.

Estoy segura que sobre este tema tendremos mucho que aprender y más aún que reflexionar, por lo que quiero terminar señalando algunas hipótesis de trabajo para la etapa de reconstrucción de una realidad en donde atender lo que ha pasado en las casas durante el confinamiento.

- Hay que poner el acento en que hemos vivido una situación anormal, inesperada e incierta, por lo que es importante normalizar las distintas respuestas individuales a esta situación señalando su función adaptativa. Señalo esto porque no necesariamente todas las respuestas ante la violencia fueron de enfrentamiento, también pudo haber estrategias perfectamente comprensibles de mayor sumisión ante la falta de ayuda externa.
- Desarrollar estrategias para sobrevivir a una situación como la actual supone un gran esfuerzo. Constatar y normalizar esta idea es importante para que las mujeres no se sientan culpables por no responder a expectativas sociales en torno a cuál debe ser su papel en las relaciones familiares. También es importante para que entiendan que lo que están haciendo es agotador y, por lo tanto, es normal su cansancio, su agobio, su hartazgo.
- El hecho de que las respuestas sean adaptativas supone que son pasajeras y útiles a esta situación, por lo tanto, no necesariamente aplicables cuando esta cambie. Las experiencias extremas requieren de escarbar en nuestras capacidades menos exploradas para poder enfrentarlas, por eso es importante reconocer el cansancio

psicológico que esto genera, y reestructurarlas a ser posible con apoyo para entender este proceso.

Hemos ido avanzando mucho en la comprensión de la dinámica de la violencia machista y en las estrategias para su prevención, así como de atención a sus víctimas, por eso es importante no volver atrás y seguir impulsando salidas que no recaigan exclusivamente en el camino policial-judicial; seguir ampliando la mirada a las distintas expresiones de la violencia más allá de sus formas físicas y en el ámbito de la pareja o expareja. Será importante, sobre todo, seguir reconociendo la fortaleza y capacidad de resiliencia de quienes enfrentan y sobreviven a situaciones de riesgo para apoyar a que puedan desarrollar otras capacidades que las acerquen más a la comprensión de que la violencia es responsabilidad de quien la ejerce y no de quien se resiste a ella.

El mensaje de que todo va a salir bien es mentiroso y voluntarista; la situación mejorará si se hacen las cosas bien. Las consecuencias sociales y psicológicas que va a generar el confinamiento no se van a paliar individualmente, es necesario llevar a cabo actuaciones colectivas. Hacer las cosas bien supone entender que las mujeres están conteniendo la angustia propia y la de otras personas, pero pueden dejar de hacerlo con las consecuencias que esto traerá para ellas y las personas a las que están cuidando y, por tanto, es necesario preparar recursos y personas que puedan reconocer, acoger y atender estos malestares.

Hacer las cosas bien significa elaborar narrativas que encuadren la violencia machista en confinamiento no solo cuantitativamente, sino tratando de comprender los cambios que han sufrido sus expresiones y las maneras en que las mujeres las han enfrentado para adaptar los recursos y servicios de apoyo a esta realidad.

Hacer las cosas bien significa activar las redes comunitarias de apoyo al tiempo que se educa para que el apoyo comunitario no se convierta en control vecinal.

Hacer las cosas bien significa también no permitir la marcha atrás en las políticas de igualdad y en el encuadre de la violencia machista contra las mujeres en esas políticas.